

## 6. CON MARÍA EN UNA MISIÓN: EL CAMINO MISIONERO DE SAN MAXIMILIANO

### ¡El amor está en todas partes!

*“Escrutando con estática admiración el plan divino de la salvación, que tiene su fuente en el Padre el cual quiere comunicar libremente a las criaturas la vida divina de Jesucristo y que se manifiesta en María Inmaculada de forma maravillosa, el Padre Kolbe fascinado y arrebatado exclama: ‘Por todas partes está el amor’ [EK 1291] el amor gratuito de Dios es la respuesta a todas las interrogaciones; ‘Dios es Amor’, afirma San Juan (1 Jn 4, 8).”*

Estas palabras, pronunciadas por el Papa San Juan Pablo II durante su homilía del 8 de diciembre [Fiesta de la Inmaculada Concepción] del año 1982 en la Basílica de Santa María la Mayor, dos meses posteriores a la canonización del Padre Kolbe, contienen la clave para comprender la *misión* bajo la perspectiva abrazada y vivida por San Maximiliano.

*La misión, de hecho, trata en esencia del amor: el amor “excesivo” de Dios Padre quien sueña con la felicidad de cada criatura y quien da Su Hijo por nosotros (Jn 3, 16). Trata del amor “excesivo” de Cristo, quien se hizo hombre por nosotros en el vientre de María, dejó que le perforaran Su Corazón en la Cruz para apagar la sed de nuestros corazones secos y duros con las Aguas Vivas de Su Espíritu, Su Cuerpo roto y Su Sangre que ha brotado para nosotros (Jn 19, 17-37). Trata del amor humilde de una joven de Nazaret, quien ofreció su vientre y su corazón a Dios en el abandono de la Fe, para que en el tiempo y en la historia Él pudiera realizar este plan de salvación y de amor (cf. Lc 1, 26-38).*

Con la profundidad de los místicos y de los Santos, Maximiliano, seguidor de San Francisco, comprendió que el amor infinito del Dios Triuno hacia la humanidad fue revelado a través de Jesucristo. En el misterio de la Encarnación y de la Cruz, Dios se humilló, se hizo pobreza, debilidad, carne. El Señor Jesús se vació totalmente y se despojó de Sí Mismo entregándose a nuestras manos (cf. Flp 2, 6-7): Él es Amor dado en su totalidad. *“Por eso, al entrar en este mundo, [Cristo] dice: Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por*

*el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo - pues de mí está escrito en el rollo del libro – a hacer, oh Dios, Tu voluntad!”* (cf. Hb 10, 5-7).

San Maximiliano, sin embargo, no se olvidó de ese vaciamiento que tuvo lugar en el vientre de María, como nos lo recuerda San Pablo: *“Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley”* (Ga 4, 4). Gracias a un don especial de gracia, podríamos decir, por un carisma “único”, Maximiliano fue permitido comprender y aceptar con gran claridad el misterio y la misión de María en el plan de Dios.

Para Maximiliano, María no es simplemente la creatura elegida por Dios para entrar al mundo como Su Madre: ella es la Inmaculada, la Mujer nueva, la humanidad redimida de la que soñaba Dios. Ella es, aún hoy en día, la Madre de Dios que se hizo hombre, llamada a continuar la obra del Espíritu Santo en engendrar al Hijo en los corazones de los hombres.

*“‘Y el Verbo se hizo Hombre’ (Jn 1, 14) como fruto del amor de Dios y de la Inmaculada. Así, Él se convirtió en el primogénito, el Hombre-Dios y las almas no renacen en Cristo sino por el amor de Dios a la Inmaculada y en la Inmaculada”* (EK 1296).

Reconoció que, *tanto en la misión del Hijo* – la de revelar el Rostro del Padre y hacer que participemos de Su filiación divina, *como en la del Espíritu* – la de formar en imagen de Jesús a todos los hijos de Dios, Dios Padre ha confiado a María una misión muy específica: ser Madre del Hijo de Dios hecho Hombre y Madre de todos los hombres llamados a formar parte de Su Cuerpo Místico, la Iglesia.

Maximiliano escribió:

*“Es tarea del Espíritu Santo formar hasta el fin del mundo a los nuevos miembros de los predestinados del Cuerpo Místico de Cristo. Pero, [...] esta obra es llevada a cabo con María, en María y a través de María”* (EK 1229); *“En el vientre de María el alma debe renacer según la forma de Jesucristo”* (EK 1295).

Desde su contemplación prolongada y vital de la dinámica de este plan de amor, primero como joven estudiante en Roma y, luego, cada vez más durante sus años de vida religiosa franciscana y de su ministerio sacerdotal, Maximiliano profundizó esa pasión por la gloria de Dios, por la venida del Reino del Corazón de Jesús, por la conversión y la santificación de cada persona, todo lo cual sería la fuerza rectora de toda su existencia.

En su deseo de atraer a todos los hombres hacia el amor de Dios, Maximiliano Kolbe comprendió que la *primera prioridad fundamental* de la misión de la Iglesia es la de imitar al Señor Jesús, el Misionero del Padre *por excelencia*, de hacer como Él hacía, es decir, *vaciarnos en el vientre de la misma madre, María*.

Por lo tanto, Fr. Maximiliano, apuntando a la esencia de las cosas, se daba cuenta que la *fuerza de la misión* consiste en *pertenecer totalmente a María*, en esforzarse por ser como Ella, en ser *transformados* en Ella (cf. EK 508 y 1210), para permitirle a su Esposo divino - el Espíritu Santo, el principal Protagonista de la misión – que siga trayendo a Jesús al mundo por medio de nosotros.

Esta perspectiva mariana hizo eco en el Magisterio eclesial reciente, en el pensamiento del Papa San Juan Pablo II y en el Papa Benedicto XVI quien escribió como sigue: *“La Iglesia no es un aparato; no es una mera institución... Ella es una mujer. Ella es una madre. Ella está viva. La comprensión mariana de la Iglesia es la antítesis más decisiva al concepto meramente organizacional y burocrática de la Iglesia. No podemos hacer a la Iglesia; tenemos que ser la Iglesia... Solo al ser mariano somos transformados en Iglesia. En el principio, la Iglesia... nació cuando emergió el ‘fiat’ del alma de María. Éste es el deseo más profundo del Concilio: que la Iglesia se despierte en nuestras almas. María nos muestra el camino.”*<sup>1</sup>

### **Una estrategia ganadora**

A la luz de lo arriba expuesto, antes de reflexionar sobre el enfoque misionero del Fr. Kolbe, es importante destacar la sencillez ingeniosa de su *estrategia misionera*, la esencia de la cual es, ante todo, ser animado por una “obsesión” apasionada y emocionante: el deseo de acercarnos a María, de pertenecerle más y más, de *transformarnos en María*, la Inmaculada, la creatura en quien el Plan de Dios por fin se realiza, de *“abrir cada vez más las alas del amor”* (EK 1284) hacia Dios y nuestro prójimo, dejándola continuar, por medio de nosotros, a dar luz a Jesús en el corazón de cada persona.

Otramente dicho, Maximiliano comprendió (¡como todos los santos!) que, para colaborar con el plan universal de salvación, ¡primero es necesario exponernos! Más que métodos, medios, iniciativas ... ¡la misión necesita de gente! La misión requiere que cada uno de nosotros elija, libre y decisivamente, acoger el amor de Dios, seguir a Jesús y ofrecerle nuestra vida (cf. Rm 12, 1-2), para ser testigo de Su amor, un

---

<sup>1</sup> J. Ratzinger, *Die Ekklesiologie des Zweiten Vatikanumus*, en IKZt 15 (1986), pp. 41-52, citado en Brendan Leahy, *Il principio mariano nella Chiesa*, Città Nuova Editrice, P. 216.

instrumento en Sus manos, un siervo de la Verdad. Como María, debemos de estar dispuestos para decir, *“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1, 38).

Para este fin, San Maximiliano fundó la Milicia de la Inmaculada (M.I.): ciertamente esto no fue para establecer una organización católica más, sino para dar vida a un movimiento misionero, una asociación de personas que eligen *“consagrarse totalmente a la Virgen Inmaculada, colocándose libremente como instrumento dócil y generoso en sus manos”* (ver el Programa Original de la M.I.), para cooperar en la conversión y santificación de nosotros mismos y de todos los hombres. La M.I. es una asociación de personas que, juntas y consagradas sin reservas a María, viven y aman, sufren y se regocijan, trabajan en todo ambiente y situación en una comunión de vida con Ella, haciéndola visible en el mundo.

Es por eso que el salir al encuentro y el invitar a más personas a que pertenezcan a la M.I. fue el objetivo que perseguía sin tregua el Fr. Maximiliano. No fue tanto como para hacer crecer el número de miembros en su asociación, sino para contribuir lo más pronto posible a conseguir *“la felicidad de toda la humanidad en Dios por medio de la Inmaculada”* (EK 1088), permitiéndola continuar con su misión maternal e universal en todas partes, lo más pronto posible, por medio de la presencia humilde y generosa de más y más *“Caballeros”* de la Milicia de la Inmaculada.

Los miembros de la M.I. son personas de toda edad, condición y estado de civil, y se encuentran *“en todas partes, pero especialmente en los lugares más importantes, como: 1) la educación de la juventud (profesores de institutos científicos, maestros, sociedades deportivas); 2) la dirección de la opinión de masas (revistas, diarios, su dirección y difusión, bibliotecas públicas, bibliotecas ambulantes, etc., conferencias, proyecciones, cines, etc.); 3) las bellas artes (escultura, pintura, música, teatro); y en fin 4) nuestros Caballeros de la Inmaculada lleguen a ser en todos los campos pioneros y guías en la ciencia (ciencias naturales, historia, literatura, medicina, derecho, ciencias exactas, etc.)”* (EK 92).

San Maximiliano prosiguió así:

*“Que bajo nuestro influjo y con la protección de la Inmaculada, surjan y se desarrollen los complejos industriales, comerciales, los bancos, etc. En una palabra, que la M.I. lo impregne todo y con Sano espíritu cure, fortalezca y desarrolle [todo] a la mayor gloria de Dios por medio de la Inmaculada y para el bien de la humanidad”* (loc. cit.).

¡Éste fue el sueño misionero de San Maximiliano! ¡Estos eran los nuevos horizontes que atraían sus ojos! Su estrategia misionera podía resumirse en un programa que consiste en tres partes:

1. Ser convertido y evangelizarse en la escuela de María;
2. Evangelizar a los demás, por el ejemplo, la palabra y el don generoso de sí mismo;
3. Llamar y formar nuevos evangelizadores.

### **Siguiendo las huellas de María, la primera misionera**

*"En aquellos días, se puso en camino María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo y exclamó a gritos: 'Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!' Y dijo María: 'Alaba mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador porque ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada'" (Lc 1, 39-48).*

¿Qué transparencia de Espíritu Santo tenía que haber llenado la persona de María, si su saludo hizo que Isabel, a su vez, se llenara del Espíritu Santo reconociendo en su joven pariente a la Madre de Dios? ¿Qué plenitud de gracia llenaría el corazón de María si tan sólo su saludo podía expresar la Presencia del Salvador y hacer que el Precursor saltara de gozo en el vientre de su mamá?

Este pasaje del Evangelio, en el que San Lucas describe la visita de María a Isabel, revela el alma misionera de María - algo que ejerció una fuerte atracción sobre Maximiliano Kolbe – al punto de inspirarlo a *"llegar a ser, en cierto modo, Ella misma, que vive, que habla, que actúa en este mundo"* (EK 486), para convertirse en misionero de Jesús en el mundo.

El enfoque misionero de San Maximiliano, de hecho, nació aquí: a partir de la contemplación diaria de María, la Mujer del Evangelio, esta Mujer grande y humilde, quien caminó los caminos polvorientos de su tierra llevando a Dios en su corazón y cantando el Magnificat; esta Mujer quien, como leemos en el gran documento conciliar sobre el apostolado de laicos: “*mientras llevaba en este mundo una vida igual que la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba constantemente unida con su Hijo, cooperó de un modo singularísimo a la obra del Salvador*”<sup>2</sup>; esta Mujer fuerte quien avanzó en su peregrinación de la Fe<sup>3</sup> repitiendo su *fiat* a la Voluntad de Dios en todas las estaciones de su vida, bajo la Cruz... ¡y más allá!

El enfoque misionero de Kolbe en todas partes (en Roma, en su país, en Japón) quiso ser reflejo de la forma de María: una forma a la vez interior y práctica, espiritual y activa.

Maximiliano, viviendo siempre más intensa y radicalmente su pertenencia a la Inmaculada, su consagración total a Ella, aprendió y acogió las disposiciones de María en relación con Dios y el prójimo, aquellas actitudes que el Papa Pablo VI resumió y describió en su exhortación apostólica sin igual, *Marialis cultus*, la cual presenta a María como la *Virgen orante*, la *Virgen oyente*, la *Virgen Madre* y la *Virgen oferente*.<sup>4</sup>

La primera actitud típica de María que el Padre Maximiliano contempló y adoptó al vivir en comunión con Ella, es ciertamente la de la oración, la unión íntima con el Dios Triuno, Quien hizo de Kolbe un *contemplativo en acción*.

Sus palabras acerca de la oración reflejan sus creencias, pero ante todo su experiencia:

*“En efecto, la oración es un medio desconocido, y sin embargo el más eficaz para restablecer la paz en las almas, para proporcionarles la felicidad, ya que sirve para acercarlas al amor de Dios. La oración hace renacer el mundo. La oración es la condición indispensable para la regeneración y la vida de cada alma. Gracias a ella, Sta. Teresita, sin abandonar las paredes del convento, llegó a ser la Patrona de todas las misiones, y no sólo honorífica, como demuestra la experiencia. Oremos también nosotros, oremos bien, oremos mucho, tanto con los labios como*

---

<sup>2</sup> *Apostolicam actuositatem*, 4

<sup>3</sup> cf. *Lumen gentium*, 58

<sup>4</sup> Cf. *Marialis cultus*, 17-20

*con el pensamiento y experimentaremos en nosotros mismos cómo la Inmaculada se adueñará cada vez más de nuestra alma, cómo nuestra pertenencia a Ella será cada vez más profunda en todos los aspectos, cómo nuestros pecados se desvanecerán y nuestros defectos se debilitarán, cómo nos acercaremos cada vez más a Dios con suavidad y fuerza. [...] En la medida en que ardamos cada vez más de amor divino, podremos inflamar de un amor semejante a los demás” (EK 903).*

En cuanto a Maximiliano, podríamos decir lo que escribió Tomás de Celano acerca del Seráfico Padre San Francisco, a saber, que “*hecho todo él no ya sólo orante, sino oración*”<sup>5</sup>.

La segunda actitud interior de María, la Virgen oyente, la cual caracterizaba toda la experiencia misionera del Padre Kolbe, fue sin duda alguna, la *atención obediente a Dios*, Quien manifiesta Su Voluntad en la Sagrada Escritura, en la Iglesia, en las inspiraciones interiores y en las circunstancias de la vida.

Varias cartas destacan cómo la *obediencia de la Fe* fue el secreto, la brújula, de cada una de sus iniciativas misioneras, que siempre emprendió tras ser validado por la voz de la obediencia.

Esto es lo que escribió en 1931 desde Mugenzai no Sono a los seminaristas de Niepokalanów:

*“Queridos míos, ustedes mismos experimentarán en la vida, incluso en esta tierra, que toda la perfección de la santidad, todo el fervor de la acción, toda la eficacia del apostolado misionero no consiste en una gran sagacidad, ni en un gran ingenio, ni en grandes capacidades, y tampoco en cantidades de oraciones y de penitencias, sino únicamente en la perfección de la santa obediencia. Y, ¿por qué? Porque mediante la santa obediencia se manifiesta la verdadera voluntad de Dios, la voluntad de la Inmaculada; mediante la santa obediencia nos convertimos de verdad en un instrumento en sus manos [...]” (EK 380).*

La tercera actitud de María, la Virgen Madre, la cual Maximiliano supo traducir en su vida como *amor-caridad*: amor que se vuelve don de sí mismo, lo que significa manos, pies, brazos, ojos puestos al servicio de los demás con la sencillez y la genuinidad de una madre. Este amor evangélico se dirigía primero a sus hermanos,

---

<sup>5</sup> Cf. Tomás de Celano: *Vida segunda de San Francisco*, 2 Cel 95.

en la realidad de la vida diaria. Fue un amor que involucraba escucha, aceptación, involucramiento, participación, apreciación del otro. Un ejemplo: en una carta del año 1936 (EK 678; escrito después de su regreso a Polonia de la misión japonesa), Maximiliano, guardián de la ciudad-monasterio de Niepokalanów, nos dice que en su programa diario había apartado sus mañanas para escuchar a aquellos hermanos suyos que necesitan consultarlo, y luego sus tardes (y, a menudo también las noches) las dedicaba para visitar a cada persona en su lugar de trabajo. Aún durante los períodos de mucha actividad, encontraba el tiempo para darle atención particular a los enfermos y aquellos que experimentaban el sufrimiento.<sup>6</sup>

Sin embargo, en cuanto a las personas que le provocaban pesadumbre y dificultades de varios tipos, intentaba asimilar actitudes concretas de comprensión, paciencia y perdón.<sup>7</sup> Sus esfuerzos bondadosos se extendían literalmente a cada persona que conocía, sin distinción (creyentes y no creyentes, judíos, budistas, compañeros presos o guardias Nazi...). Toda situación o circunstancia siempre era providencial en sus ojos: en el tren o en el sanatorio, durante sus viajes misioneros en su país o al extranjero, en una oficina de aduanas donde esperaba que le procesaran sus documentos, o a través de las páginas de su periódico, en el confesionario, o en medio del cuartel del campo de concentración.

Por fin, el paso más difícil de esta asimilación interior de la forma misionera de María, la Virgen oferente, fue su *disponibilidad de ofrecer su vida día tras día* por los demás, por Dios, la disponibilidad de experimentar *el sufrimiento por amor*.<sup>8</sup> La contemplación diaria de la participación activa de María en el Misterio de la Cruz lo preparó para abrazar el sufrimiento y el dolor (físico, espiritual y emocional) como medio valioso y efectivo para colaborar con Cristo en la salvación del mundo.

*“Queridos hijos, recordemos que el amor vive, se alimenta de sacrificios. [...] Cuando el amor a Ella, a la bondad de Dios en Ella, al amor del Corazón divino que se ha personificado en Ella, cuando tal amor nos haya conquistado y penetrado, entonces los sacrificios serán una necesidad para nuestra alma”* (EK 503). *“El amor a la Inmaculada consiste no sólo en un acto de consagración, aunque sea rezado con mucho fervor, sino en sufrir muchas privaciones y trabajar por Ella sin*

---

<sup>6</sup> cf. EK 798; 699; 774; 128.

<sup>7</sup> cf. EK 350; 351; 354; 487.

<sup>8</sup> cf. Conferencia no publicada, del día 28 de agosto de 1939.

*descanso. Todo ello, si se hace cuándo, cómo y porque Ella lo quiere”*  
(EK 706).

## **Colaborando con su misión maternal**

Esta forma interior le ha impartido un carácter mariano tanto a su obra como a las iniciativas que emprendió. Maximiliano es bien conocido como pionero con sus periódicos y revistas, fundador de la ciudad-monasterio de Niepokalanów (Ciudad de la Inmaculada) en Polonia y en Japón, pero deberíamos de poner hincapié en *la forma mariana* que animaba y caracterizaba estos logros apostólicos, destacando en especial tres aspectos:

1. Pasión por los demás
2. Diálogo
3. El don de sí

1. Maximiliano, al responder a su llamado misionero, hizo una elección precisa y decisiva. En términos actuales diríamos que *colocó al hombre al centro de su acción misionera*, el hombre creado a imagen y semejanza de Dios, *el hombre con su sed de felicidad, verdad y amor*; él quería llegarle a la gente *de prisa*, dónde se encontraban, introducir el corazón de la Inmaculada en el corazón de cada persona, para que, conquistado por Ella para Cristo, cada uno descubriría su propia alta dignidad como hijo o hija de Dios y sentirse involucrado directamente en la misma misión: ganar a cada persona para Dios por medio de la Inmaculada. Para realizar este plan lo más pronto posible, Kolbe recurrió a la prensa, comenzó a utilizar a la radio y quiso servirse también del cine y del teatro... ¡de todo medio legal!

En los años 30, cuando el Fr. Kolbe decidió viajar a Japón en respuesta a la exhortación del Papa Pío XI y de su Ministro General, Fr. Alfonso Orlini, quienes pedían la evangelización del mundo, las misiones católicas estaban vinculadas con un territorio bien definido y fueron organizadas en estructuras específicas: parroquias, prefecturas y diócesis, asignadas normalmente a una sola institución religiosa, la cual generalmente emprendía la construcción de iglesias, escuelas y hospitales.

El enfoque que tenía Kolbe en cuanto a su obra misionera era de “pensar fuera de la caja”, más allá de los paradigmas clásicos de su tiempo. Al establecer la

nueva misión japonesa, en una tierra donde los católicos eran una minoría, Maximiliano consideraba a toda la nación como territorio de misión. Eligió invertir sus energías en la evangelización y formación de las conciencias, en comprometerse con *iluminar las mentes* con el esplendor de la Verdad y de *inflamar los corazones* (EK 382) con el fuego del Evangelio, según el ejemplo y con la mediación y dirección de la Madre Inmaculada de Dios y Mediatrix de todas las gracias.

Es por esto, con la ayuda de traductores (no solamente católicos, sino también protestantes, budistas y sintoístas) se dedicó a publicar un periódico en japonés, el *Caballero de la Inmaculada*, lo cual, en diciembre de 1930, alcanzó un tiraje de 25,000 ejemplares. Tomó la difícil y valiente decisión de privilegiar las obras espirituales de misericordia, que se dirigen a la salvación eterna del hombre, una elección que no le permitiría medir fácilmente sus resultados, pero que sí reflejaban la forma maternal de María.

En ese contexto, de hecho, Maximiliano se daba cuenta que la comunidad de Mugenzai no Sono sería llamada a ser testigo del “Evangelio de la caridad”, y también a ofrecerles a los hermanos y hermanas japoneses la “caridad del Evangelio” de manera apropiada, comunicando valores cristianos, compartiendo con ellos la Vida nueva y obrando a favor de su crecimiento, hasta que alcanzaran la plena madurez de Cristo.

2. Si pensamos en la vida corta, pero intensa, de Maximiliano, podemos fácilmente imaginarlo siempre en diálogo con los demás, con estudiantes universitarios en Cracovia, con los demás pacientes en Zakopane, con oficiales del estado, con sus compañeros prisioneros, incluso con sus atormentadores en Auschwitz. Maximiliano reconocía que la primera manera para evangelizar es el *contacto personal con el otro*. “Una manera pobre que no requiere de muchas herramientas, pero que, sin embargo, es muy efectiva”, como dijeron los obispos italianos en su carta *L’amore de Cristo ci sospinge* [*El amor de Cristo nos impulsa*], en abril 1999. “Una manera pobre, pero no fácil, porque exige siempre dar respuesta a todos los que pidan razón de nuestra esperanza (cf. I P 3, 15) por medio de un testimonio cotidiano y ancho, por relaciones fieles al Evangelio, llenas de sentido al nivel personal, familiar y comunitario.” Y, San Maximiliano, como hermano y amigo, como el Buen Samaritano en la parábola,

como mamá, como la Madre bendita, supo cómo estar cerca, para escuchar, tener compasión, consolar, iluminar y platicar con candor y respeto.

3. Llega un momento, quizás para todos, en que nos damos cuenta que las palabras ya no bastan para expresar y dar testimonio del amor. Jesús utilizó estas palabras para preparar a Sus discípulos para que llegaran a comprender hacia dónde la misión que Él les había encomendado les debía de conducir: *“No hay mayor amor que dar la vida... Ámense los unos a los otros... para que el mundo llegue a creer”* (cf. Jn 15-17). Fr. Maximiliano aprendió de Jesús, María, San Pablo y San Francisco que somos misioneros cuando estamos dispuestos, día tras día, a dar nuestra vida, a gastarla y consumirla por amor, con amor, como una madre. Maximiliano había estado entrenándose para esto toda la vida. Comprendía la lógica de Jesús: *“si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto”* (Jn 12, 24), y la siguió de inmediato, dejándose conducir diariamente por María y por el Espíritu Santo, haciéndolo su regla de vida. Y así fue misionero y al final mártir, palabra que significa ser testigo de la caridad de Cristo.

En sus apuntes de los Ejercicios Espirituales del año 1937, encontramos una frase muy corta: *“Da teipsum aliis = amor (dónate a ti mismo a los demás = amor)”* (EK 983): frase corta que contiene el misterio completo de una vida.

### **Preguntas para la reflexión y el diálogo:**

- ¿Aceptaremos el legado que nos confía San Maximiliano – el de ser misioneros como María, atentos a los signos de los tiempos, las necesidades del mundo, en las realidades más diversas para volvernos reflejo de la bondad y misericordia de la ternura de Dios?

### **Compromiso para nuestra vida:**

Consagrarme a María sin límites, o volverme a consagrar a ella con celo renovado.

Ser parte de la M.I. y participar en su misión en la Iglesia y en el mundo.

